

MARIA JOSEFA VALVERDE

JON ETXABE GOÑI

Este año se celebra el I Centenario del nacimiento de dos insignes músicos vascos, Aita Donostia y Jesús Guridi. Van a ser innumerables los festivales de música que este año centrarán sus programas en ambos compositores, paradigma de todos ellos MUSIKASTE, que este año ha prestado especial atención a estos dos grandes músicos vascos. De los intérpretes que este año han acudido a MUSIKASTE, hemos querido charlar con M.^a Josefa Valverde, renteriana de nacimiento y alumna predilecta del maestro Guridi. Las líneas que a continuación ofrecemos son el resumen de una hora y cuarto larga de conversación con esta encantadora mujer.

—¿Usted, M.^a Josefa nació en Rentería. Se acuerda del barrio, de la calle?

—Efectivamente nació en Rentería como usted bien dice, concretamente en la calle Viteri, si bien, después nos trasladamos a la plazuela de las Escuelas, donde mi padre había hecho una casa. Mi padre tenía un negocio de prensa y litografía.

—¿Cómo recuerda sus primeros años, en aquel Rentería que le tocó vivir?

—Bueno, hay que decir que durante el año nos mandaban internas, por lo que nuestra estancia en Rentería se reducía al verano. En esta época del año hacíamos una vida bastante regular, con alguna salida a San Sebastián para escuchar los conciertos que allí se ofrecían.

—Si pasaba las vacaciones en Rentería fundamentalmente, tuvo usted ocasión de vivir las fiestas patronales. ¿Qué recuerdo tiene de las Madalenas de aquella época?

—¡Jesús!... ¡qué recuerdos! Me acuerdo que en las fiestas patronales era la única vez en todo el año, que salíamos de noche. Nuestra madre nos esperaba en el balcón hasta que regresábamos del baile y nos solía decir: «¿dónde habéis estado?», y hacía cinco minutos que había terminado la música en la plaza. Bailábamos hasta reventar, tanto los bailables que tocaba la banda como el ttun-ttun, nuestros compañeros de baile eran los guapos del pueblo, Samperio, Gaiztarro, etc. Durante las vacaciones apenas nos hacían caso, pero en fiestas todo eran atenciones.



—Siguiendo con las fiestas, ¿se acuerda del Centenario?

—No.

—¿No me diga que en su época no se tocaba? Es la música que ahora, por lo menos da inicio a las fiestas tras el chupinazo.

—¡Ah! Sí, sí... (En este momento de la conversación, tararea el Centenario). *¡Cómo no me voy a acordar!, las carreras que hemos hecho delante de los cabezudos, al son de esa música. No sabía que se llamara el Centenario, pero en mi época sí se tocaba. (Vuelve a tararear la música). Oír esa música y empezar a brincar, todo era uno, los renterianos vibramos con el Centenario, es una música que nos excita para la fiesta.*

—Si le parece M.^a Josefa, vamos a centrarnos en su carrera musical. ¿Con quién inició sus estudios musicales?

—*Con D. José M.^a Iraola, director de la Banda de Rentería. El me inició en la música y me orientó en los estudios que posteriormente hice. También fueron alumnos suyos Lavilla y tantos otros. Tras el inicio de mis estudios musicales con Iraola, hice la carrera de piano en la Academia de San Sebastián, entonces no era Conservatorio. De la Academia, no sé si habíamos terminado la carrera, becadas por la Diputación fuimos a París a hacer virtuosismo. Al terminar en París y de vuelta a casa, Iraola nos empujó a estudiar para obtener el título superior, para lo que era necesario acudir a Madrid. En Madrid hicimos Piano, Armonía, etcétera...*

—Si es que se puede hablar así, ¿cuál era el ambiente musical de Rentería por aquellos años?

—*Bueno, ambiente musical como el que hoy puede haber no es que hubiera entonces. Lo que sí había era una Banda extraordinaria, la de Iraola. Al margen de esto no había gran cosa. Ahora bien, me acuerdo que con motivo de una recogida de fondos para el Asilo, las hermanas Valverde dimos un concierto. Fue, creo, mi primer concierto en Rentería, salí con unas trenzas y toqué una jota de Larregla, «Viva Navarra», y una «Romanza sin palabras», de Mendelssohn. Mi hermana tocó con una orquesta de San Sebastián «Concierto en Re menor para piano y orquesta», de Mozart. Con motivo de otras recogidas de fondos, repetimos la experiencia.*

—¿Tengo entendido que más o menos por esta época se marchó de Rentería?

—*Bueno, por esta época no, un poco más tarde, concretamente cuando me casé; tenía 22 años.*

—¿Una vez en Madrid, casada y con un hijo, asiste a las clases de órgano de Guridi?

—*Bueno, la historia es más bonita.*

—¿Si le parece, nos la cuenta? Adelante.

—*Nosotros pasábamos los veranos en San Sebastián. Tenía yo una amiga, entusiasta también de la música, que enviudó por aquellas fechas. Se le planteó entonces la necesidad de hacer los estudios de armonía en su integridad, ya que la posesión de los mismos era indispensable para presentarse a cualquier oposición. Así pues, por acompañarla y porque tenía tiempo libre me matriculé yo también. En una de las clases le dije al profesor; «¡ya ve usted!, casada y con un hijo y todavía tengo el humor de ponerme a hacer armonía». El me contestó «hace usted muy bien, porque Guridi da unas clases de órgano, que si yo tuviera tiempo, ya estaría matriculado». «No me diga», le contesté y ni corta ni perezosa fui al Conservatorio, me matriculé y comencé a dar clases de órgano con Guridi. Aquello fue la locura.*

—Se matricula en la clase de órgano de Guridi y se convierte en su alumna predilecta. ¿Cómo recuerda el ambiente del Conservatorio?

—*Efectivamente me convertí en alumna predilecta. Yo tenía una formación pianística y unas facultades que hicieron que el órgano se me diera muy bien. Porque el órgano, si una es gorda y torpe pues no funciona.*

—*En cuanto a la segunda parte de su pregunta, qué le voy a decir. Era un encanto de Conservatorio, un edificio no tan grande como el de ahora, donde nos conocíamos todos, era muy familiar, si la expresión sirve.*

—¿Cómo era Guridi en clase con los alumnos?

—*¡Qué le voy a decir!... Era un hombre con una sorna terrible. Venía, por ejemplo, una monja alumna suya y empezaba a tocar la lección, le interrumpía educadamente y le decía socarronamente «Vale, vale, váyase a casa y estudie mejor». Era, si se me permite la expresión muy chunguero, muy salado, con una gracia terrible. Ahora bien, todos los alumnos lo adorábamos.*

Me acuerdo de una anécdota que pasó en clase, el primer día que acudí a la misma un fraile venido de algún pueblo pequeño, del que no recuerdo el nombre. Hablábamos de enarmonías cuando el fraile interrumpió a Guridi y le dijo: «¿Qué es eso?» Guridi le miró con una sonrisa irónica y le dijo «¡Ah...!, ¿no lo sabe, no se acuerda usted de la 5.^a Sinfonía de Beethoven, ese cambio que hay alterando las notas pero sin cambiar el tono? Pues eso es una enarmonía. ¿Porque... usted conoce la 5.^a Sinfonía, verdad?». El fraile contestó con voz tímida «No». «Pues que suerte—exclamó Guridi—si yo tuviera que conocerla ahora, ¡qué felicidad!, de tanto oírla no la apreciamos. Si puede, conózcala».

—Además de las clases; creo que Guridi era un gran concertista de órgano. ¿Qué destacaría de él, como concertista?

—*Como concertista era muy bueno. Ahora bien yo destacaría una faceta suya que yo estimo muy importante, era un gran improvisador. Me atrevo a decir que entonces en España no había nadie que improvisara como él, porque en Francia sí se improvisaba, tras muchos años de estudio con método y todo, pero aquí no había como él. Hacía unas improvisaciones «sui generis» de artístazo que era. Lo más bonito de los conciertos de órganos de Guridi eran sus improvisaciones, le daban un tema y, ¡bueno!, hacía maravillas.*

—¿Qué le parece Guridi como compositor de órgano?

—*¡Qué me va a parecer!, sublime. Su obra es muy técnica, profunda y muy religiosa. Tiene un libro que se llama «La escuela española de órgano» que utilizaba en clase. Nos hacía estudiar los primeros diez números para el primer año y los números siguientes los íbamos estudiando a medida que avanzábamos en la carrera. Me solía decir en broma «Yo quiero que tú sigas en la cátedra, porque así sé que esos libros seguirán en el Conservatorio».*

—Al hilo de lo que me acaba de decir, creo que usted suplía a Guridi en algunas clases y que le sustituyó en la cátedra, cuando él falleció, ¿no es así?

—*Eso es. Le sustituía en las clases cuando él no podía acudir a las mismas por cualquier motivo. También fui sustituida suya en el órgano de San Manuel y San Benito, iglesia en la que tocaba la misa de 12,30. Algunos domingos, que estaba acatarrado o le había surgido un compromiso a última hora, me llamaba y me pedía por favor si le podía suplir. Como me iba a negar, vaya honor que era para mí suplirle, tanto en clase como en la iglesia. Además los dos éramos profesores de órgano de la «Escuela de Música Sagrada» del P. Marzafra.*

—¿Pero al igual que su maestro, usted era amén de profesora, concertista?

—*¡Uy, sí! Efectivamente, he dado cantidad de conciertos. Creo que he recorrido la geografía española en su totalidad, así he tocado en Salamanca, El Pilar de Zaragoza, en los Capuchinos de Medinaceli, en la Semana de Música Religiosa de Cuenca, en cantidad de Iglesias y rincones de Madrid, en el País Vasco, también he dado conciertos, incluso tengo un disco grabado aquí con obras de Guridi, Usandizaga y Olaizola, en fin, en cantidad de sitios. También, por supuesto hace aproximadamente veinticinco años, en Rentería.*

—¿Qué repertorio interpretaba, creo que tocaba a Messiaen? ¿Cómo reaccionaba el público con obras de estos autores modernos?

—*Efectivamente, en mi repertorio además de los autores clásicos de órgano, comencé a programar a Oliver Messiaen por indicación expresa, precisamente de Guridi.*

Yo tenía una formación francesa y él consideraba que me podía ir muy bien. Me acuerdo que en un concierto de Valladolid, en el que por cierto obtuve un gran éxito, la reacción del público, cuál fue, «¡Qué horror, qué feo!». Entonces se consideraba a su música como estridente. En los ambientes musicales, sin embargo, la acogida fue bastante calurosa.

—No creo que sea exagerado decir que tras su paso por las aulas, primero como alumna y después como ayudante; ¿entre ustedes nació una gran amistad?

—*Efectivamente entre Guridi, mi marido y yo nació una amistad imponente. Venía todos los domingos por la tarde a merendar con nosotros a casa. Era un hombre afable, cultísimo, gran conversador, extraordinario. Se fijaba en todo pero luego era despistado como él solo.*

Eramos amigos y solíamos coincidir además a veces en nuestros viajes a San Sebastián. El venía a SASIBIL y nosotros a casa de mi madre. Una vez yo venía a San Sebastián en mi «cuatro-cuatro», lo conducía yo misma, y Guridi que también venía a SASIBIL nos acompañó en el viaje, a mi hijo y a mí. Paramos a comer en Vitoria, donde Guridi era hijo predilecto. Tras la comida entrando en el coche, Guridi nos dijo lo que sigue:

«Sé hijo predilecto, ven a Vitoria y ¡qué nadie te haga caso!». Todo esto lo decía con sorna, porque a él le importaba un pepino.

—¿De su época como ayudante de Guridi, qué recuerdos tiene? ¿Cómo estaba considerado Guridi en los ambientes musicales?

—¡Hombre! Guridi era una personalidad de la música en Madrid, no en vano llegó a ser Director del Conservatorio. Por las calles eran muchos los que se le acercaban a saludar. Recuerdo con cariño una vez en que paseábamos ambos, no sé dónde íbamos, se nos acercó un viandante y saludó a Guridi afectuosamente, «¿qué tal D. Jesús, cómo está?», Guridi, muy educado, con una gran sonrisa le dijo «muy bien. ¿Qué tal su familia? Espero que bien». Tras un breve intercambio de palabras, los apretones de manos de rigor y nos despedimos, del para mí desconocido amigo de Guridi. Al rato le pregunté, «¿quién era?», «no sé», me contestó.

—Un gran compositor que este año va a ser centro de las miradas de todos los aficionados de la música va a ser Aita Donostia. ¿Le conoció usted?

—Sí. Claro que le conocí. Todo fue por mediación de mi hermano Antonio, que por compartir una común inquietud por la cultura vasca con el P. Donosti, y existir entre ellos una gran amistad, posibilitó que yo le conociera.

Un verano estando Guridi en San Sebastián, junto con Antonio, fuimos a pasar el día a Lecaroz, donde vivía el P. Donosti, previamente le habíamos comunicado nuestra visita. Fuimos Guridi, mi hermano y su esposa y yo.

Fue una tarde inolvidable, ¡qué felicidad!, estar con aquellos dos maestros. Les veo todavía discutir, el P. Donosti, diciendo que Debussy tenía tales armonías que otro autor no tenía, Guridi replicándole que eso era humo de pajas... Pasamos una tarde irreplicable. Mi hermano me decía, «lástima de grabadora». Pasamos el día juntos y el P. Donosti me llevó a la capilla, y me regaló unas cosas tuyas que todavía tengo en casa.

Pasados unos días de la visita, me escribió una carta manifestándome su sincero y profundo agradecimiento por el día maravilloso que le habíamos hecho pasar y sobre todo, por haberle llevado al maestro Guridi.

—Para terminar. ¿Usted en Madrid, habrá tenido ocasión de conocer a otros ilustres intérpretes renterianos, me refiero a Lavilla, y a los hermanos Corostola?

—Yo no les conocía porque son más jóvenes que yo. A Félix Lavilla concretamente le conocí por mediación de Teresa Berganza, con quien se casó. Teresa Berganza era alumna mía de órgano, aunque lo dejó el segundo año creo, y esto propició que me relacionara con Félix, además éramos los dos renterianos. Han estado varias veces en mi casa y alguna vez que Félix ha necesitado partituras, me ha visitado. Con Corostola no es que tenga amistad, le saludo pero la relación no es igual que con Félix.

—Esta vez sí que es la última pregunta. ¿Cómo ha encontrado Rentería después de tantos años?

—Muy cambiada.

—O sea, fea.

—No, fea no, muy cambiada. Bien es cierto que Rentería nunca ha sido un prodigio de belleza, pero no creo que se pueda decir que feo, feo. La he encontrado cambiada porque los sitios que fueron importantes en mi niñez, la Alameda Grande, que llegaba hasta el puente de Santa Clara, donde jugábamos de niños y de jóvenes, paseábamos con los novios, ya no está. Pero también me he alegrado mucho con el ambiente musical renteriano. Creo que hay un gran coro, que organizan una gran semana de música, por lo que me dicen es como para estar satisfecha.

Muchas gracias M.^a Josefa Valverde por este rato que nos ha brindado y esperamos verla entre nosotros cuanto antes, para que nos ofrezca su arte de órgano.

